

Los Mexicanos.



H. Iriarte lito.

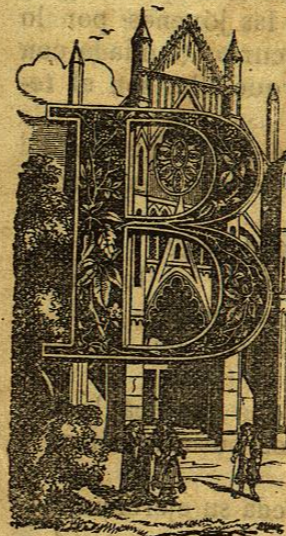
Lito. de M. Marguía y C^{ía}

LA RECAMARERA.



LA RECAMARERA.

Esa que veis de rostro amondongado....
CERVANTES.—*Quijote*.



BENDITO sea, amen, todo el género de los sirvientes domésticos....! Benditas sean todas esas criaturas que por un pedazo de pan se resignan á sufrir los caprichos de una ama, el mal genio de un amo, las impertinencias de los hijos de los amos y las necesidades de los chiquillos....!

Oh con qué pagaremos á todos esos seres que, desprendiéndose de su orgullo, del *moi*, como dicen los franceses, se dedican á ser útiles á sus semejantes, por la módica retribucion de un salario pocas veces bien y muchas mal pagado?

Seguramente que nos es difícil señalarles una recompensa digna de los eminentes servicios que nos prestan.

Hombres y mugeres que os dedicais al oficio de fámulos y de fregonas: que la bendicion de Dios sea con vosotros por los siglos de los siglos!

Así tambien Dios me inspire ahora que voy á escribir respecto de tí, niña de color trigueño, de rostro redondo, de leve cintura, de pequeño pié, de ojos hechiceros, de dientes de marfil y de formas torneadas y seductoras, que ejerces la muy noble, nacional y distinguida profesion de *recamarera*!

Y vosotros, queridos y sapientísimos lectores, si es que para el escritor los lectores son queridos y sapientísimos, sabeis, conoceis, comprendéis qué cosa es una *recamarera*?

Dificilillo es que lo sepais si por una casualidad no perteneceis á la clase acomodada de la sociedad; porque debeis de tener entendido que una *recamarera*, es semejante á las yeguas, á los caballos, á las mulas de un rico; es decir, un *efecto de lujo*; y por mas que la calificacion os parezca ofensiva, tal es, sin embargo, la que en todos los paises del mundo le han dado las leyes sobre contribuciones y sobre facultad coactiva.

Y de esto resulta que, para tener *recamarera*, es preciso tener con qué pagarle, ó cuando menos aunque no haya con que darle sus *honorarios*, es fuerza ocupar en la sociedad cierta posicion que impide á uno poder pasarse sin ese mueble, almohada de las jóvenes por lo mucho que consultan con ella sus amoríos, y Mercurio, (cuidado con las equivocaciones), Mercurio de los amantes, porque ellas son el telégrafo de que se sirven para enviar sus misivas.

La *recamarera*. . . .! Individuo de la especie de los sirvientes del género humano, ¡cuánto te deben los mortales, y de cuántas gracias es digno el que inventó tu nombre y tu posicion!

Y cuál es tu origen? De dónde vienes? A dónde vas?

He aquí lo que yo intento averiguar, y así como así, se lo diré á los lectores, sin añadir ni quitar nada á mis indagaciones.

La *recamarera*, carísimos lectores, es, segun observo, una casta hija de la pobreza.

Unas veces pertenece á una familia decente y que fué rica, la cual mirándose arruinada, se disemina por esos mundos buscando amos á quienes servir.

Otras ocasiones, es hija de alguna criada y hereda su ejercicio, sus pocos recursos y sus muchos trabajos.

Otras veces, en fin, es, Dios sabe quién: pero de seguro que es *recamarera*, y esto basta para nuestro propósito.

Y, de dónde viene la *recamarera*?

Segun mi leal saber y entender, como diria un abogado, si ustedes

quieren digánlo con *jota*), la *recamarera* viene de donde venimos todos: es decir, de una vida ignorada para penar en esta transitoria.

Y, á dónde vá?

Esta pregunta tiene dos respuestas: hé aquí la primera, y vive Dios que es la mas consoladora:

—Vá á donde vamos todos.

—A la *vida eterna*.

Hé aquí la segunda contestacion:

— Vá á morir de miseria al hospital, y acaso víctima de un mal incurable.

Válganos la Virgen! Y quién nos habia de decir que con solo tres pinceladas habiamos de referir toda la historia de la *recamarera*?

Y lo mas chusco es que esa historia es tambien la de todas las que no son *recamareras*, sino *nodrizas*, *amas de llaves*, y. . . .

Mas ya que hemos hecho el compendio de esa historia, digamos ahora algunos pormenores para satisfacer la natural curiosidad del pacientísimo lector.

Mr. Alfonso d'Esquiros ha dicho, que las *virgenes locas* son las *judías errantes del vicio*; con la misma razon pudo haber dicho que los *sirvientes domésticos* son los *judíos errantes de la hambre*.

La *recamarera* pertenece á esta última tribu.

Impelida por la miseria busca donde *servir*; si es fea, con tal de que tenga su *papel de conocimiento*, es admitida en todas partes sin temer ningun peligro; si es *bonita*, como las hay, entonces ya es otra cosa: un amo puede recibirla con no muy rectas intenciones que tienen visos de desaguisado; la madre de familia y la ama la miran á la cara, y viendo su hermosura la dicen con un gesto de disgusto:

—Ya no busco; ya encontré.

De manera que en ambos casos se realiza aquello de

Ay infeliz de la que nace hermosa!

Una vez admitida en casa la *recamarera*, comienza sus ejercicios cotidianos.

Levantarse á las siete, fregar los *orinales*, hacer las camas, barrer la casa, lavar las toallas, hacer algunos mandados cuando no están los otros sirvientes, y pare vd. de contar; tales son las obligaciones de la *recamarera*, amen de las que se toma por comedimiento ó por su cuenta y riesgo, como la de servir á los niños de la casa y llevar cartitas al novio de la niña y vice versa.

Es verdad que la *recamarera* tiene sus manías y sus distracciones, ¡vaya á las tiene! pero no faltaba mas sino que porque es *recamarera*, dejara de anhelar y de sentir como todos los que somos de carne y hueso.

Y no la desprecieis por su humilde estado, ni la odieis por las faltas que comete, porque os aseguro que en medio de su mal natural y de su llaneza, hay un buen fondo en su caritativo corazón; y si la fortuna le negó las riquezas, la naturaleza la dotó de un ingenio y de un espíritu de inventiva que harían honor al mecánico y al fotógrafo y al prestidigitador más consumados del mundo.

Para convencerlos de mi aserto voy á referiros una anécdota.

Pánfilo estaba locamente enamorado de Cándida.

Más de siete meses (nada de años, ya esto es muy vulgar), más de siete meses, decimos, la siguió al templo, al teatro, á los toros. La niña había echado de ver la continua persecución que le hacía su amartelado, pero como era tan Cándida como tímida, (epíteto esdrújulo para nombre esdrújulo), no se atrevía á salir al balcón de su casa para verle cuando estaba haciendo el oso en el zaguan de enfrente; y solo de tiempo en tiempo levantaba un poco los visillos de las vidrieras, y echaba una mirada furtiva al pacientísimo Pánfilo, quien temeroso de recibir un desaire, ó de que un criado de Cándida le *acusara* (pobre niño!) con sus amos, no se atrevía á valerse de él para declararse á su adorado tormento.

Más he aquí que la *recamarera* Francisca, que siempre acompañaba á su señorita á todas partes, conoció el amor que Pánfilo tenía á Cándida; observó las veces que ésta se asomaba furtivamente al balcón; conoció que no le era indiferente el caballero, y pensando ganarse algunas pesetas resolvió arreglar el fregado de los enamorados.

Y aconteció, que una noche que Pánfilo estaba de pie en el zaguan de enfrente del balcón de su amada, salió Francisca, y mirándole se acercó á él con resolución.

El bueno de Pánfilo que vio que se aproximaba, tembló de susto creyendo que le llevaba algún recado de sus amos, previniéndole que cesara de pararse allí; pero cuál fué su sorpresa y cuál su alegría cuando con una voz melosa le dijo la recamarera:

—Ay, niño! qué tonto es su *mercé*. Está *usted* padeciendo y mortificando *de balde* á la niña, cuando ella le *quiere á usted* tanto, tanto...

—De veras? preguntó Pánfilo abriendo tantos ojos, y eso que los tenía pequeños.

—De *deveras*, dijo Francisca. Yo lo sé bien, porque he *oservado* que cuando *usted* está aquí, mira *dende* el balcón levantando *ansina* la cortina, y cuando *usted* la sigue donde vamos, *voltea* la cara para ver si *usted* la sigue, y....

—Tienes razón; pero qué he de hacer para decirla que la quiero, si ves que no la puedo hablar?

—*Pos* escribale una carta.

—Si no tengo quien la lleve.

—Y yo?

—Tu!

—Sí! *pos no digole!* Escríbala y *déquela*, y verá como yo se la llevo.

—Oh! cuánto te lo agradezco. Ven aquí mañana á estas horas, y te daré la carta.

—No tenga cuidado que yo le estaré *ispiando* tras de la vidriera, y en cuanto lo mire, bajaré.

—Cómo te llamas?

—*Pancha*, una criada de Dios y de *usted*.

—Pues hasta mañana, Francisca, y cuidado con faltar, dijo Pánfilo, dando á la recamarera un toston.

—Oh! dijo la criada; no señor, si yo no *quero* que *usted* me dé nada; *ipos* acaso lo hago por eso?

—No le hace, tómalo, y hasta mañana.

—Ya que *ansi* lo *quiere usted*, *pos* que he de hacer.

Al día siguiente Pánfilo llegó á la hora convenida, y la fiel recamarera se le presentó á los dos minutos.

Entrególa la carta el amartelado, y Francisca se fué como una liebre, guardando en la bolsa de su delantal otra moneda que le dió Pánfilo.

Entró sin hacer ruido á la casa de sus amos para que estos no conocieran que había salido, se metió á la cocina, y para disimular su natural agitación causada por el paso que acababa de dar, empezó á cantar una de esas canciones populares que tanto placer causan á las fregonas y á los mandaderos.

Pasado un buen rato, fué á la sala, donde continuamente estaba la señorita Cándida, y por dicha de ambos amantes la encontró sola.

Llegóse al balcón, corrió la cortinilla y se quedó mirando hácia afuera.

Cándida la seguía con la vista.

Luego, la recamarera se volvió á su ama, y hablándola en voz baja, la dijo:

—*Señorita, señorita!*

Cándida tuvo un presentimiento y tembló de miedo.

—*Señorita*, repitió Francisca, venga *usted* acá que le importa *muncho*.

Cándida se puso de pie y echó á andar estremeciéndose y volviendo la cara á todas partes, como si temiera que la miraran.

Al cabo, llegó al balcón.

—Mire *usted*, dijo la recamarera;—vé *usted* á ese *señor* que está parado en el zaguan de enfrente?

—Sí, balbutió Cándida.

—*Pos* ese *señor* la *quiere á usted mucho*.

—De veras?

—Y *pa qué* la había de engañar? Y tan la *quiere de deveras*, que me ha dado....

—Qué?
—Un papelito *pa* *usté*.
—Ay! y para qué lo recibiste?
—Vaya! lo *resebí pa* dárselo á *usté*.
—Y si lo sabe mi mamá?
—Y *quén* se lo ha de decir? Solo que *usté* ó yo.
—Yo no.
—*Pos* ni yo. Con que tómelo *usté*, niña.
—Dios me libre!
—Ay que mala es *usté*! Mire, el *probesito* que la sigue á todas partes, que se está *ay* las noches enteras, cuando *yueve*, cuando hace frío. . . . No tenga *usté* alma tan *atravesada*; tómelo, y. . . .
—Pero. . . .
—Qué?
—Si tengo miedo.
—Ande, ande. Mire, aquí está. Lo abro?
—No, Francisca!
—Sí, niña. . . .
Y diciendo y haciendo, abrió la misiva y añadió:
—Si yo supiera ler, lo *liera*.
—Ay, no, dámelo, yo lo leeré.
Y Cándida tomó el papel, y lo leyó y lo releyó, y mientras, Francisca decía para su sayo:
—*La comió!*
De tales ardidés se valia la recamarera para que su señorita recibiera las cartas de su amante; y tanto trabajó en pro de su ama, de Pánfilo y de su bolsillo, que por último, consiguió arreglar el negocio de tal manera, que ya se miraban y se hablaban y tenían citas en la misa, &c., &c., siendo ella el buzón por donde pasaba la correspondencia.
Así trascurrieron algunos días; mas como en esta vida todo tiene *su mas* y *su menos*, como diría Francisca, y como en que una cosa siga siempre lo mismo entran los *asigunes*, como también diría la recamarera, aconteció que Cándida tuvo una *candidez*; se descuidó con una carta, la cual, por desgracia de todos, cayó en manos de sus padres.
Y para colmo de desgracias debemos decir, que los padres de la niña no eran *cándidos*, sino todo lo contrario, demasiado vivos y rigoristas en eso de la honra y del juicio de las jóvenes doncellas, si es que las hay con juicio.
Averiguaron inmediatamente como andaba aquel fregado; ejercieron una vigilancia inquisitorial al derredor de la niña; y para coronar todos los infortunios, pusieron á Francisca en la puerta de la calle.
Pánfilo lloraba y pateaba, Cándida gemía y sollozaba; pero Francisca en vez de desesperarse, se puso á calcular friamente los medios de que los novios siguieran teniendo correspondencia epistolar.

Es cierto que habia muchos obstáculos para que no abortara el proyecto de la criada; y si tales inconvenientes se hubieran suscitado á un *arrancado* para encontrar dinero, de cierto que no los hubiera vencido; mas para una *recamarera*, de cara de *no me tóques*, pero ladina y cavilosa si las hay, todos esos obstáculos eran tortas y pan pintado como dice el vulgo, de donde resultó que encontró los medios de vencerlos.
Una noche que Pánfilo se paseaba triste y pensativo enfrente del balcon de su adorada, se llegó á él la recamarera, y despues de los saludos de costumbre, le preguntó cómo iban sus amores.
—Muy mal, respondió Pánfilo suspirando. Hacé mucho tiempo que no sé de mi querida Cándida.
—No le ha enviado *usté* ninguna cartita?
—Y cómo, si la cuidan tanto?
—*Trai* *usté* una?
—Sí.
—*Pos déquela* que yo se la llevo.
—Tú? Y cómo, si te echaron de la casa. . . .
—Sí, pero *usté inora* que cuando me salí, se me olvidaron de propósito unas *naguas* y ahora voy á *trairlas*.
—Oh! qué talento tienes! Toma la carta y aquí te espero.
Francisca entró en casa de sus amos, llamó al porton y le abrió. . . . su ama!
La recamarera la maldijo, pero de buena fé.
La ama le puso muy mala cara.
Francisca conservó su calma.
—Qué quieres aquí? Ya te dije el otro día que no volvieras á mi casa. A qué vienes?
—*Pos* vengo por mis *naguas* que se me olvidaron.
—Vamos á ver donde están; las coges y te vas inmediatamente.
—Entré, dijo la criada para sí, y siguió á su ama.
Fuera casualidad, fuera prevision de Francisca, las enaguas no parecían. Buscó en las recámaras, en la cocina, en el comedor. . . . Nada! por ninguna parte.
La ama renegaba.
Francisca se reía á hurtadillas.
Por último, dijo á su ama.
—Ay, *niña* [*niña*, este es el nombre que las criadas dan á sus amas cualquiera que sea la edad de que estas *adolezcan*. Válgate Dios por *niña!*] Ay, *niña!* dijo Francisca, ya me acordé que las dejé debajo del sofá de la sala!
—Debajo del sofá! solo á tí podia ocurrirte. . . .
Y tenia razon la ama; solo á Francisca se le ocurrió dejar allí las enaguas; pero es el caso que calculó volver á la casa y ver á la niña;